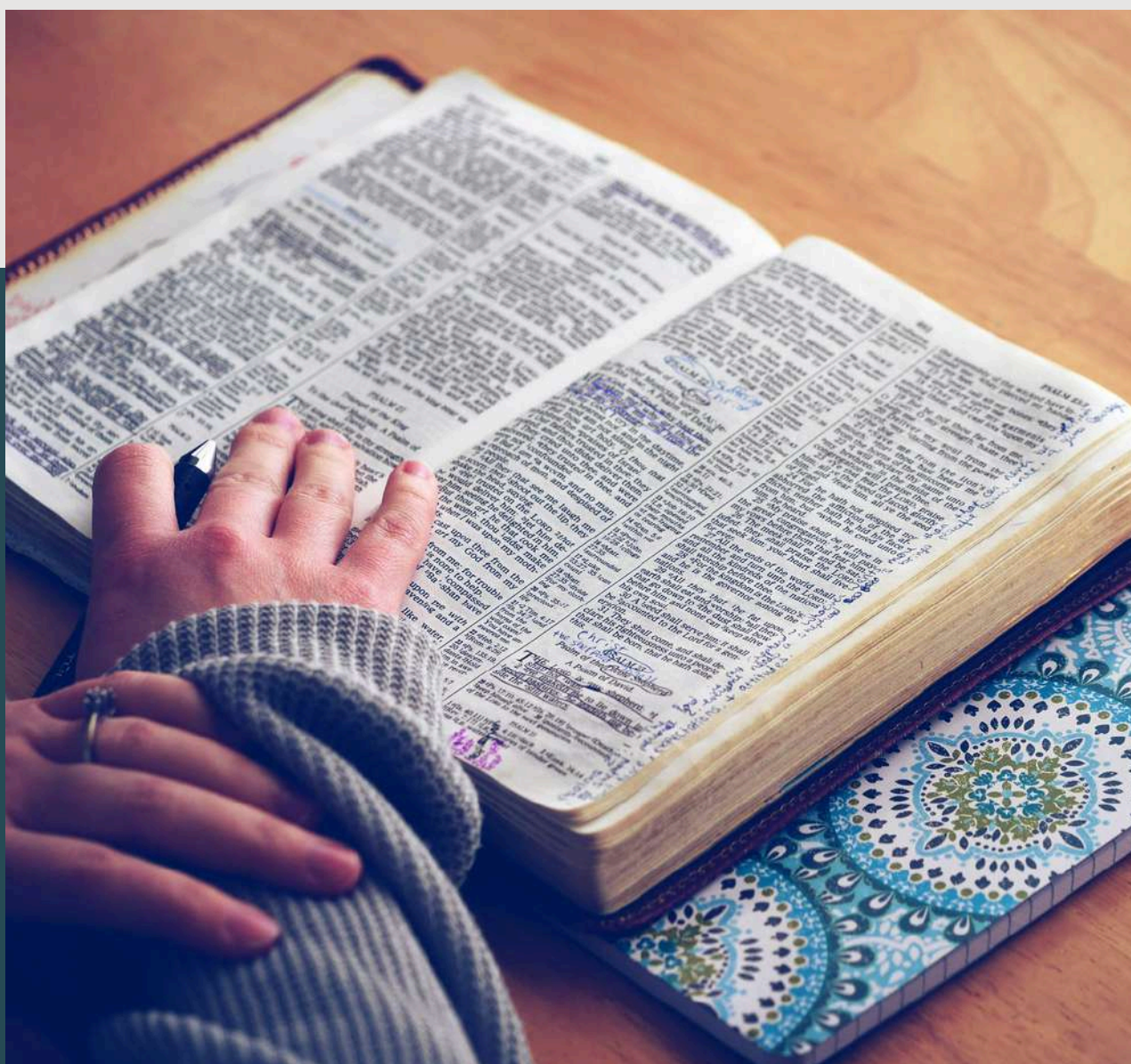


VI DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS
26 ENERO 2025

SUBSIDIO LITÚRGICO-PASTORAL
ESPERO EN TU PALABRA
(Sal 119,74)



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO



IUBILAEUM A. D. MMXXV
PEREGRINANTES
IN SPEM

ÍNDICE

- 3 PRESENTACIÓN
S.E.R. Mons. Rino Fisichella
- 4 LA PALABRA DE DIOS: FUENTE DE ESPERANZA
Dom Mauro-Giuseppe Lepori OCist
- 6 "ESPERO EN TU PALABRA" (SA 119,74) - LECTIO DIVINA
Prof.a Rosalba Manes
- 8 EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS EN EL JUBILEO 2025
- 10 PROPUESTAS PASTORALES
- 13 ADORACIÓN BÍBLICA
- 17 ESQUEMA PARA LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

PRESENTACIÓN

S.E.R. Mons. Rino Fisichella

Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización

Sección para las Cuestiones Fundamentales de la Evangelización en el Mundo

Para vivir la VI edición del *Domingo de la Palabra de Dios*, que se celebrará en toda la Iglesia el próximo 26 de enero de 2025, el Papa Francisco eligió como lema las palabras del Salmista: **“Espero en tu Palabra”** (Sal 119,74). Se trata de un grito de esperanza: el hombre, en el momento de angustia, de la tribulación, del sin sentido, grita a Dios y pone toda su esperanza en Él.

Es una experiencia profundamente humana, como es habitual encontrar en el Salterio. Todos esperan, todos nosotros tenemos esperanzas, pero lo que se nos comunica en este Jubileo es “la Esperanza”, en singular. No se trata de una idea abstracta o de un optimismo ingenuo, sino de una persona, viva y presente en la vida de cada uno: Cristo crucificado y resucitado, el único que no nos abandona nunca. La teología paulina es extremadamente clara sobre este punto: “Cristo Jesús, nuestra esperanza” (1Tim 1,1).

Esta es una certeza que se pone en nuestro camino. En ella debemos crecer sin quitar nunca la mirada de la fidelidad de Dios: “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa” (Heb 10,23). El hecho de que Dios es fiel a sus promesas vuelve como un estribillo del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento y por esto podemos estar llenos de alegría y confianza. Teniendo certeza del cumplimiento de la promesa, la esperanza cristiana “no defrauda”, porque nos es dada por la presencia eficaz del Espíritu Santo (cfr. Rm 5,5). Por eso podemos esperar en su Palabra. Lo entendió bien el apóstol Pedro, cuando afirmó “en tu palabra, echaré las redes” (Lc 5,5), que quiere decir: “confío en ti”. La esperanza que brota de esta Palabra surge de la seguridad de la fe y nos encomienda al amor de Dios, que nunca se contradice a sí mismo ni a la promesa hecha.

Un jubileo que cada 25 años toca a la puerta y provoca a tomar en seria consideración la vida, ofrece la posibilidad de tener fija la mirada en la esperanza que lleva consigo el realismo evangélico. El *Domingo de la Palabra de Dios* permite una vez más a los cristianos reforzar la invitación tenaz de Jesús a escuchar y custodiar su Palabra para ofrecer al mundo un testimonio de esperanza que consienta ir más allá de las dificultades del momento presente. La Palabra de Dios no se encuentra limitada a un libro, sino que permanece siempre viva y se hace signo concreto y tangible. De hecho, provoca a cada comunidad no solo a anunciar la fe de siempre, sino, sobre todo, a comunicarla con la convicción que lleva esperanza a cuantos la escuchan y acogen con corazón sencillo.

Cada realidad local podrá encontrar las formas más adecuadas y eficaces para vivir de la mejor manera este *Domingo*, haciendo «crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura» (*Aperuit illis*, 15). Este Subsidio pastoral se propone como una ayuda que se ofrece a las comunidades parroquiales y a quienes se reúnen para la celebración de la Santa Eucaristía dominical, para que este *Domingo* sea vivido intensamente, como parte integrante del Jubileo 2025, cuyo lema es *Peregrinos de Esperanza*.

LA PALABRA DE DIOS: FUENTE DE ESPERANZA

Dom Mauro-Giuseppe Lepori OCist

Abad General de la Orden Cisterciense

Quizá el hombre que mejor entendió la relación entre palabra de Dios y esperanza fue un pagano, el centurión romano que, después de haber suplicado a Jesús sanar a su criado enfermo, de frente a la inmediata disponibilidad del Señor, se declaró indigno de que Él entrara en su casa y le dijo: "basta una palabra tuya y mi criado quedará sano" (Mt 8,8). Le bastaba una palabra de Cristo para tener la esperanza cierta en la salvación operada por Él.

La fe permitió al centurión entender que lo que suscita esperanza en la palabra de Dios es, precisamente, que es palabra de Dios, es decir, la palabra que Aquél, que hace todas las cosas, dirige personalmente a nuestra necesidad de salvación y de vida eterna. Lo entendió también Pedro en un momento que podía ser de desesperación porque todos habían abandonado al Señor y permanecían con Él

abandonarnos a ella con todo el peso de nuestra vida con el peligro de caer en la desesperación, en la muerte, en la nada? ¿Qué permite a quien escucha esta palabra reconocer que puede abandonarse a Aquel que la pronuncia con total confianza?

Esto es posible si la palabra del Señor llega al corazón no como promesa de algo sino como promesa de alguien, y de alguien que ama nuestra vida con un amor todopoderoso, que puede hacer todo por los que ama y se confían a Él.

Muchos abandonaron a Jesús, después del discurso sobre el pan de vida en la sinagoga de Cafarnaúm, diciendo: "¡Esta palabra es dura! ¿Quién puede escucharla?" (Jn 6,60). ¿Por qué la palabra de Jesús fue una razón para que se fueran cuando para Pedro y los otros discípulos era la única razón para quedarse con Él?

la palabra del Señor llega al corazón no como promesa de algo sino como promesa de alguien

solo pocos discípulos confundidos e inseguros: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,68). Las palabras de Jesús permanecían para Pedro y sus compañeros como el último hilo de esperanza en una plenitud de vida que podían esperar solo de Dios.

Pero ¿por qué y cómo podría la esperanza de Pedro, como la del centurión, aferrarse a la palabra de Cristo? ¿Qué da a la palabra del Señor esta fuerza, esta solidez que nos permite

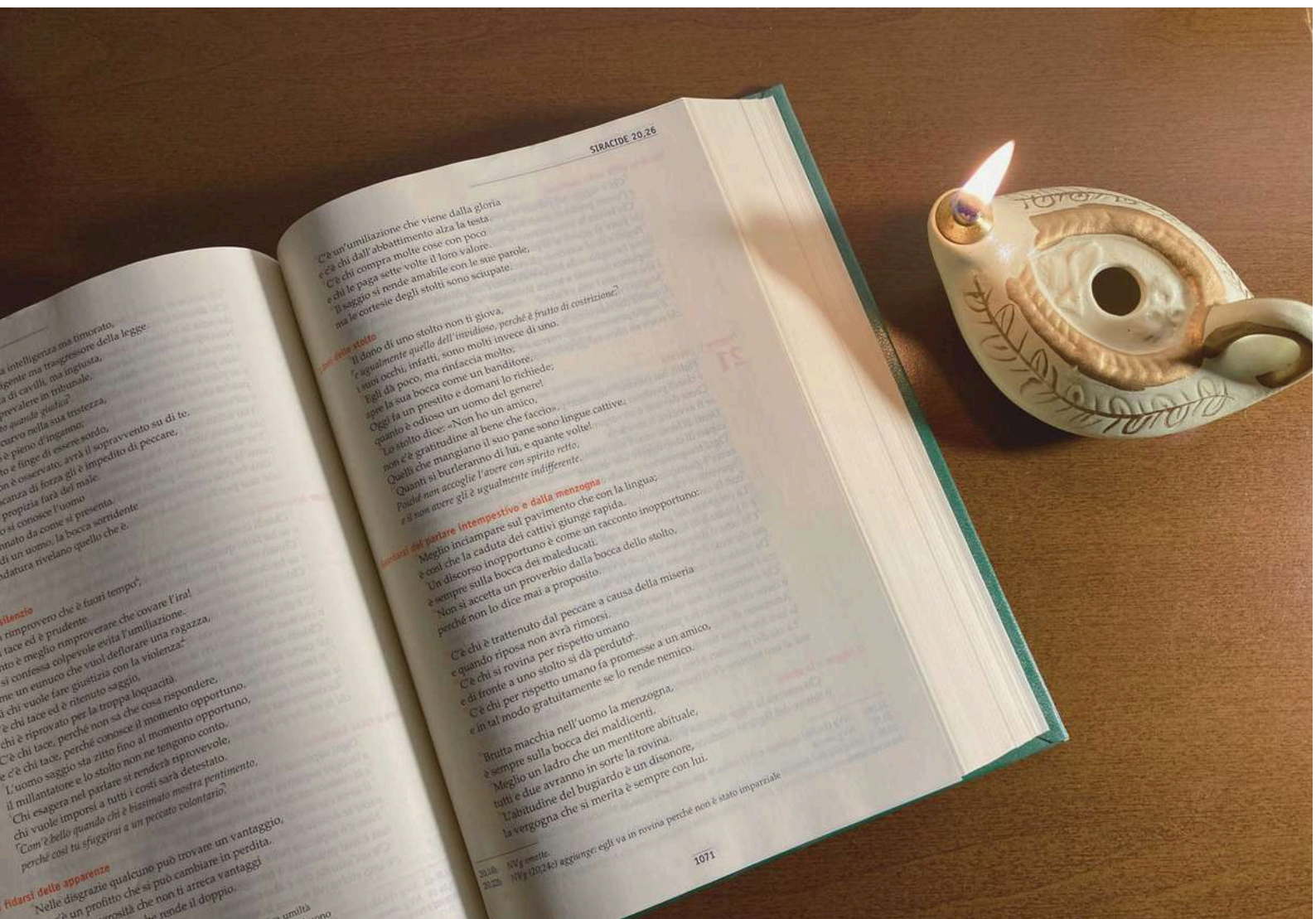
El hecho es que los primeros habían escuchado su palabra separándola de su fuente, el mismo Cristo. Pedro y los discípulos, sin embargo, no podían sustraer ninguna palabra de Jesús de su presencia, es decir, de la relación con Él, de su amistad.

La palabra de Dios puede ser fuente de esperanza si para nosotros Dios sigue siendo la fuente de la palabra misma. Sólo si escuchamos la palabra desde la voz del Verbo presente, que nos mira con amor, podrá

alimentar en nosotros una esperanza inquebrantable, porque está fundada en una presencia que nunca falla. La palabra de Dios es una promesa en la que no sólo el que promete es fiel, sino que queda incluido en la promesa misma, porque Cristo nos promete a sí mismo. "¡Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo!" (Mt 28,20). La última palabra de Jesús, la última promesa antes de ascender al cielo, es la promesa de sí mismo a nuestra vida, no sólo al final de los tiempos sino cada día, cada instante de la vida.

Este vínculo indeleble de la palabra de Dios con su presencia, tan radical desde que "el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros" (Jn 1,14) hasta que murió en la cruz por nosotros, es la conciencia y la promesa de todo el Antiguo Testamento. Como cuando el Salmo 27 clama al Señor: "¡Si no me hablas, soy como quien desciende a la fosa!". (Sal 27,1). El hombre tiene en sí la conciencia profunda, ontológica, de que, si Dios no le habla, si Dios no lo crea en cada instante con su palabra, la muerte, la disolución de la vida, le es inevitable, porque Dios crea diciendo todo en el Verbo a través de la cual existen todas las cosas (cfr. Jn 1,3).

Uno puede vivir sin escuchar la Palabra que se le dirige con amor, pero así se experimenta, como muchos hoy, una vida inconsistente, una vida disipada, que se escapa de nuestras manos incapaces de sostenerla. En cambio, se nos da la gracia de vivir escuchando, de vivir atentos a la escucha del Señor que está constantemente a la puerta de nuestra libertad, llamando y pidiendo entrar. Se nos da la oportunidad de vivir escuchando su voz que nos llama a la comunión con Él (cfr. Ap 3,20), a una amistad infinita, permitiendo así al Espíritu generar en nosotros y entre nosotros una vida nueva, rebosante de esperanza, no en algo, sino en Dios que cumple la promesa de su presencia en el mismo instante en que su palabra la expresa.



“ESPERO EN TU PALABRA” (SAL 119,74) - LECTIO DIVINA

Prof.a Rosalba Manes

Profesora de Teología bíblica en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma

ESPERAR EN LA PALABRA QUE NO DEFRAUDA (SAL 119,74)

El Sal 119 (según la tradición hebrea) o 118 (según la tradición greco-latina) es único en su género: un *acróstico alfabético* de 176 versículos, construido según el alfabeto hebreo, compuesto por 22 letras. Cada estrofa corresponde a una letra de ese alfabeto y con tal letra comienza la primera palabra de los 8 versículos de la estrofa.

El tema central de este Salmo es la *Torá* del Señor, entendida como «enseñanza», «mandato», «promesa», como “señales” para una vida exitosa y plena. La *Torá* es revelación, es Palabra de Dios que llama al corazón humano y desea una respuesta, que invoca una escucha que se convierte en obediencia confiada y creativa, en amor dinámico y generoso. Por tanto, el Sal 119 celebra la vivacidad, la belleza, la fuerza consoladora y la potencia salvadora de la Palabra de Dios, que es el secreto de una existencia feliz y la puerta de entrada a la auténtica bienaventuranza.

El Salmista considera la Palabra de Dios «el gozo del corazón» (v. 111) y su «herencia» (vv. 57.111). Por eso espera en esta Palabra (v. 74). Esta Palabra, que es verdad y mandato, representa también una promesa, la promesa de la eterna presencia a nuestro lado del Eterno Yo-contigo. Por eso la Palabra del Señor es creída (v. 42), amada (v. 97) y exige esperanza (v. 74), esa esperanza que «no defrauda» (Rm 5,5), porque cada palabra del Señor está destinada a cumplirse con certeza. Por este motivo, el año jubilar puede ser un tiempo propicio para redescubrir el poder terapéutico y liberador de los Salmos y del Salterio en la celebración de la Liturgia de las Horas.

EN DIÁLOGO CON DIOS

Los Salmos son testimonio del deseo humano de hablar interceptando a un *Tú* fuertemente disponible para recoger desahogos, lágrimas, decepciones, descarrilamientos existenciales: el Dios Creador, Libertador, Providencia, en pocas palabras, el Eterno Yo-contigo. El conjunto de los Salmos (*Sefer tehillim* para nuestros hermanos hebreos y *Salterio* para nosotros los cristianos) atestigua la sed de lo eterno que habita en el corazón humano y que lo empuja a narrar y confiar a Dios todo lo que vive. El hombre se vuelve a Dios no porque esté obligado por un deber, sino porque lo desea libre y fuertemente. Este anhelo surge de su libertad y de su voluntad de relacionarse con Dios, seguro de su deseo de dejarse encontrar.

Los Salmos, incluidos entre los Libros Sapienciales del Antiguo Testamento, documentan la confianza especial entre el hombre y el Dios que «tiene oídos y escucha, que tiene boca y habla», a diferencia de los ídolos de las naciones (cf. Sal 115,5-6); 135,16-17). La protagonista de esta colección es la oración, experiencia de profunda intimidad con Dios. La colección de los Salmos nos atestigua cómo la palabra humana, transfigurada por el contacto con el oído de Dios que la acoge, se ha convertido en *verdadera palabra de Dios*.

DIVERSAS OCASIONES PARA HABLAR CON DIOS

El ser humano recurre a Dios en cada situación de la vida para

1. cuestionarlo y reprocharle que no esté presente en su vida como él esperaría;
2. hacerlo partícipe de sus descubrimientos, de sus éxitos y de todo lo que le sucede, ya sea un acontecimiento feliz o una experiencia dolorosa;

3. pedirle ayuda, después de haber experimentado que nadie más puede socorrerlo;
4. expresar su gratitud por el sello de belleza que ve en la creación;
5. contemplar la intervención gratuita e incisiva de Dios en la propia historia personal y su capacidad de convertirlo todo en bien, incluso el mal.

LOS SALMOS, O BIEN, LA HISTORIA DE ISRAEL EN POESÍA Y ORACIÓN

En los Salmos encontramos himnos de alabanza y acción de gracias; lamentos o súplicas que surgen de la situación de sufrimiento del orante individual o de toda la comunidad de Israel; meditaciones sobre la historia de la salvación; reflexiones de sabiduría sobre el don de la Palabra y la calidad de la acción humana; peticiones de perdón, liberación, curación; invocaciones de ayuda o venganza contra los enemigos. Tomando del imaginario colectivo y de los símbolos que caracterizan la poesía de cada tiempo, se puede afirmar que *los Salmos son la expresión del alma religiosa de Israel traducida en poesía y oración*, fueron la oración de Jesús y son la oración de los discípulos y las discípulas de todos los tiempos, son la columna vertebral de la *liturgia de las horas* en la Iglesia católica, inspiran las antífonas y muchos cantos litúrgicos. Leen líricamente todas las etapas de la historia de la alianza: la promesa, el éxodo, el don de la ley, la entrada en la tierra prometida, la liturgia en el templo de Jerusalén, las celebraciones de las grandes fiestas y peregrinaciones, la entronización de los reyes, la humillación del exilio y la alegría del regreso. También hay algunos Salmos, compuestos para celebrar la figura del rey davídico, que luego se convirtieron, para el pueblo de Israel, en celebraciones de esperanza en el Mesías prometido y esperado.

UN LIBRO INFLUYENTE DE ORIGEN MUSICAL

Hay ciento cincuenta Salmos y son estimados por la tradición religiosa de Israel como las oraciones por excelencia, como lo indica el término *tehillim* («oraciones») en la Biblia hebrea. La versión griega antigua de la Septuaginta (LXX) llama a estas composiciones *psalmoi* y *psalterion*, de donde derivan los términos en español «salmos» y «salterio». La palabra «salmo» con toda probabilidad está relacionada con un instrumento de cuerdas utilizado para guiar las oraciones de la asamblea con

La verdad celebrada en los Salmos es la certeza de la fidelidad de Dios

música. Las melodías originales, utilizadas en la liturgia del templo de Jerusalén, sin embargo, se han perdido.

¡TÚ ESTÁS CONMIGO!

La verdad celebrada en los Salmos es *la certeza de la fidelidad de Dios*. En Sal 33,4 «fidelidad» es el nombre del actuar de Dios. Esta fidelidad está ligada al hecho de que el amor de Dios está siempre “al acecho” en la vida del hombre. Dios es una presencia amorosa que permanece así incluso cuando el hombre lo percibe lejano. Esto se ve claramente en el Sal 23, el *Salmo del Pastor*: incluso si el hombre pasa por el valle de sombra de muerte, siente surgir en su corazón esta profesión de fe: «No temo mal alguno, porque tú estás conmigo» (Sal 23,4).

LA ATMÓSFERA DE LA CONFIANZA

Muchos salmos están impregnados de confianza, como expresión vital de la experiencia religiosa y dinámica de las relaciones interpersonales, y se llaman *salmos de confianza* porque contienen verbos como «refugiarse», «confiar», «esperar». Pero la confianza es la “atmósfera” de todos los Salmos porque la base de estas composiciones es la convicción de que la confianza en Dios hace palidecer cualquier otra certeza y apoyo. El orante que ha experimentado desilusión en los caminos de la auto-salvación y en la confianza en los medios y apoyos humanos, al «alzar los ojos a los montes» (cf. Sal 121,1), ha descubierto el ancla de la confianza. Esta confianza no pertenece sólo al individuo, sino que también se expresa en el grupo, como en Sal 22,27, donde se habla de los «pobres o pequeños del Señor» (*’ănāwîm*), un movimiento nacido en el siglo V a.C. en torno al ideal de fidelidad al Señor y a su *Torá* (Ley) y que, al entrar en conflicto con las clases altas, prefirieron la confianza en el Señor. Una corriente que espera incluirnos también a nosotros, si estamos dispuestos a decir con fe, esperanza y amor: «Los que te temen se alegrarán cuando me vean, porque espero en tu palabra» (Sal 119,74).



JUBILEO DEL MUNDO DE LA COMUNICACIÓN

24-26 enero 2025

Viernes 24 de enero

h 17:30-19:00 Bienvenida y liturgia penitencial

h 19:00 Santa Misa en la Basílica de San Juan de Letrán

Sábado 25 de enero

h 8:00-9:30 Peregrinación a la Puerta Santa de San Pedro

h 9:00-10:00 Momento de bienvenida en el vestíbulo del Aula Pablo VI

h 10:00 "En diálogo con M. Ressa y Colum McCann". Modera Mario Calabresi (Aula Pablo VI) exhibición del Maestro Uto Ughi

h 12:30 Encuentro con el Santo Padre en el Aula Pablo VI

h 15:00-16:30 Diálogo con la ciudad: meeting de carácter cultural y espiritual

Domingo 26 de enero

h 10:00 Santa Misa del "Domingo de la Palabra de Dios" presidida por el Santo Padre en la Basílica de San Pedro con institución de nuevos lectores

Cierre de Inscripciones
24 de noviembre de 2024

**REGÍSTRATE
PARA EL EVENTO**



www.iubilaeum2025.va



@iubilaeum25



DICASTERIUM PRO EVANGELIZATIONE
SECTIO DE QUESTIONIBUS FUNDAMENTALIBUS
EVANGELIZATIONIS IN MUNDO

LA INDULGENCIA JUBILAR

El Jubileo es el momento propicio para recibir la gracia de la indulgencia, "la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites" (Bolla *Spes non confundit*, 23).

Condiciones requeridas para recibir este don de la plena Indulgencia:

- la purificación a través del sacramento de la penitencia
- recibir la Sagrada Comunión
- la oración según las intenciones del Santo Padre

Además,

- una peregrinación a un lugar sagrado, a al menos una de las cuatro Basílicas Papales Mayores o a cualquier lugar jubilar
 - o
- alguna obra de misericordia o penitencia

Se puede mostrar solidaridad con aquellos que nos han precedido, ofreciendo, en intercesión orante, esta gracia a las almas del Purgatorio.

* Se invita leer las especificaciones en el documento "Normas sobre la concesión de Indulgencia durante el Jubileo Ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco", de la Penitenciaría Apostólica.

PROPUESTAS PASTORALES



PREPARAR EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

Para vivir activamente el *Domingo de la Palabra de Dios* es importante que los preparativos se extiendan del nivel espiritual (oración personal y comunitaria) al material (adecuada programación). De hecho, para favorecer el encuentro con Dios en su Palabra, es necesaria una preparación espiritual, pidiendo la apertura del corazón para aquellos a quienes será proclamada la Palabra. En consecuencia, los preparativos para programar la iniciativa implican que se parta de la oración individual y comunitaria. Sugerencias:

- Una semana antes del *Domingo de la Palabra de Dios*, incluir en la oración de los fieles una intención dedicada a este motivo.
- Prever en la comunidad un momento de Adoración al Santísimo Sacramento que se ofrezca por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*.
- Hacer momentos de Catequesis Bíblica.



PARA VIVIR EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

Celebrar la Santa Misa de este *Domingo* de modo solemne, según la petición del Papa Francisco. En efecto, el lugar privilegiado del encuentro entre la comunidad cristiana y la Palabra de Dios es la celebración eucarística. La Carta Apostólica *Aperuit Illis*, en el n. 3, presenta algunas sugerencias:

- Será importante que en la celebración eucarística se pueda entronizar el texto sagrado, para hacer evidente a la asamblea el valor normativo que tiene la Palabra de Dios.
- En este domingo, en modo particular, será útil evidenciar su proclamación y adaptar la homilía para resaltar el servicio que se da a la Palabra del Señor.
- Los Obispos podrían en este *Domingo*, celebrar el rito de la institución del Ministerio de Catequistas y también de Lectorado, para recordar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia.
- Los párrocos podrían valorar la posibilidad de entregar la Biblia, o una parte de ella, a toda la asamblea, para hacer ver la importancia de continuar en la vida cotidiana la lectura, la profundización y la oración con la Sagrada Escritura, con una particular referencia a la *Lectio divina*.
- Hacer especial mención, en la oración de los fieles, a la unidad de los cristianos, pues celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios* expresa un valor ecuménico.



DURANTE TODO EL AÑO

Conviene recordar que el desarrollo de este programa no es una finalidad en sí misma para este *Domingo*. Es necesario favorecer, más bien, el encuentro continuo, personal y comunitario con la Palabra de Dios. Sabemos bien que escuchar, compartir, vivir y anunciar la Palabra de Dios no es una tarea de un solo día, sino de toda nuestra vida. Podría ser de ayuda promover diversas iniciativas bíblicas durante el año y ofrecer una oportunidad de formación permanente a los fieles.

Formación de lectores

Es fundamental que las comunidades eclesiales se empeñen en la formación de los fieles que ejercitan el servicio de lectores en las Celebraciones Litúrgicas, para que ellos sean verdaderos anunciadores de la Palabra con una preparación adecuada, así como se realiza usualmente con los acólitos o los ministros extraordinarios de la Comunión.

Llevar la Palabra "en tu bolsillo"

Así sugiere el Papa Francisco: «Tened el hábito de llevar siempre un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la bolsa, para poderlo leer durante el día». Existen diversas ediciones del Nuevo Testamento o del Evangelio, en volúmenes ligeros, versiones de bolsillo, que fácilmente se pueden llevar en las bolsas o mochilas y que podemos llevar siempre con nosotros.

Llevar la Palabra en tu teléfono móvil

Se puede tener fácilmente la Biblia en tu teléfono móvil para consultarla en cualquier momento, existen varias aplicaciones y páginas de internet en diferentes idiomas, no solo con la Biblia sino también con las lecturas de la Santa Misa de cada día, páginas donde se puede leer o escuchar la Palabra de Dios, páginas con comentarios y reflexiones de la misma. Se puede activar también un recordatorio en tus notificaciones para tener un momento al día de encuentro con la Palabra de Dios, de tal modo que te acompañe donde quiera que vayas.

Grupo bíblico

Se podría organizar un grupo en la comunidad eclesial, con reuniones semanales o mensuales, que tenga momentos formativos o culturales de profundización de la Sagrada Escritura, y momentos de *Lectio divina* comunitaria. Los encuentros conviene que sean adaptados según las características del grupo (edades, madurez espiritual, etc.).

Rosario meditado

Otra fuente para orar con las Escrituras es la variedad de oraciones católicas tradicionales, como el Rosario. Este es una oración evangélica con marcada orientación cristológica, definida por San Juan Pablo II como «compendio del Evangelio». De hecho, tiene un carácter esencialmente contemplativo, pues nos hace entrar en la meditación de los misterios de la vida del Señor, acompañados de Aquella que fue más cercana al Señor. Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que la enunciación del misterio vaya acompañada por la proclamación de un pasaje bíblico correspondiente. Es oportuno además que, después de esto, hagan una pausa por un momento para fijar la mirada en el misterio meditado, antes de iniciar la oración vocal (cfr. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, n. 30-31).

ADORACIÓN BÍBLICA

Exposición del Santísimo Sacramento

El presente texto es una propuesta que posteriormente debe ser concretada e inculturada, según las tradiciones locales.

Habiéndose reunido los fieles e iniciado un canto, el ministro se acerca al lugar de la Reserva. Trae al Santísimo Sacramento y lo expone en la custodia. De rodillas, el ministro incienso al Santísimo Sacramento.

C./ Señor, contemplamos tu presencia real en este Santísimo Sacramento y te damos gracias por habernos llamado a estar ante ti. Nos reunimos confiando en Ti y en tu Palabra. Prepara nuestra mente y corazón para recibir las gracias que has preparado para nosotros en este momento. Haz que seamos conscientes en cada momento de que estamos frente a Ti y a tu amor infinito. Abre nuestro entendimiento y nuestra voluntad para recibir tu Palabra y anunciarla con nuestra vida.

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad». (Jn 1,14)
Padre nuestro, Ave María, Gloria...

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Se dijeron uno a otro: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?"». (Lc 24,32)
Padre nuestro, Ave María, Gloria...

C./ Alabemos y demos gracias en cada instante y momento.

R./ Al Santísimo y Divinísimo Sacramento.

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». (Mt 28,19-20)
Padre nuestro, Ave María, Gloria...

L./ Escuchemos y acojamos la Palabra de Dios, siempre viva y eficaz. Dejemos que resuene dentro de nosotros e ilumine nuestras vidas.

Aclamación al Evangelio

Aleluya, aleluya.

«Señor Jesús, haznos comprender las Escrituras; arde nuestro corazón mientras nos hablas». (cfr. Lc 24,32)

Aleluya.

Del Evangelio según San Lucas (5,1-11)

En aquel tiempo, estaba Él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.» Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes». Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres».

Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

Palabra del Señor

Reflexión guiada:

L./ En el contexto del *Domingo de la Palabra de Dios* celebramos este momento de adoración, que este año se inspira en el texto: «*Espero en tu Palabra*» (Sal 119,74). Ante Jesús Eucaristía reflexionemos:

1. Juan comienza su Evangelio diciendo que "el Verbo se hizo carne" (1, 14). En Jesús, el Dios invisible se hizo ver y escuchar. ¡Cuántas palabras y cuántas acciones de Jesús pudieron oír y ver los apóstoles! Muchas de estas fueron atestiguadas en los Evangelios, en los cuales podemos contemplar a Jesús a través de su Palabra. Jesús continúa hablándonos y continúa actuando en nuestra vida.

(Momento de silencio después de cada punto)

2. Dios quiere tener con nosotros una relación personal, de intimidad. Jesús tocó los corazones de tantos que se encontraron con Él en el Evangelio. Estos han comprendido que tener una relación de amistad con Jesús implica confiar en su palabra, reconociendo que sólo Él tiene palabras de vida eterna (cfr. Jn 6,68), aunque no siempre es fácil comprender su manera de actuar, ni para los discípulos ni para nosotros hoy. Lo vemos en Pedro, cuando le dice a Jesús: "trabajamos toda la noche y no pescamos nada". Sin embargo, había algo en Él que fomentaba la confianza, inspiraba seguridad y hacía nacer la esperanza en su Palabra: "en tu palabra echaré las redes". En intimidad con Él, "Pedro y los demás apóstoles encontraron sólo en Él la respuesta a la sed de vida, a la sed de alegría, a la sed de amor que los anima; sólo gracias a Él han experimentado la plenitud de vida que buscan" (Papa Francisco, *Ángelus*, 25 de agosto de 2024).

3. Tampoco para nosotros es fácil seguir a Jesús en la confianza y el abandono a su palabra. A veces experimentamos su silencio, las adversidades de la vida, los sufrimientos que generan en nosotros el miedo y la desconfianza hacia Dios. Sin embargo, si nos mantenemos cerca de Él, si nos ponemos en sus manos y repetimos "Jesús, en Ti confío", experimentamos la belleza de tenerlo como Amigo, y nos damos cuenta de que Él no nos engaña. La esperanza en Dios nunca defrauda (cfr. Rm 5,5).

4. "Tenemos necesidad de Jesús, de estar con Él, de alimentarnos en su mesa, de sus palabras de vida eterna" (Papa Francisco, Ángelus, 23 de agosto de 2015). Dejemos que Él nos dirija su Palabra hoy. Su modo de hablar es siempre con amor y autoridad transformante: «una palabra tuya bastará» como dijo el Centurión Romano. ¡Solo una! Una palabra tuvo para Levi en aquella mesa; una para Zaqueo en aquel Sicomoro; una para Pedro, Santiago y Juan en la orilla del mar; una para María fuera del sepulcro... Tiene una también para nosotros. Dejemos que Él nos hable al corazón y permanezcamos y moremos en su Palabra, y en Él pongamos toda nuestra esperanza.

Oración personal

En este momento, se puede alternar el silencio con música adecuada.

Silencio orante

Canto

Preces comunitarias

L./ Tu que fuiste contemplado por los pastores y los magos en Belén...

R./ Haz que te descubra en mi vida Señor. (cfr. Mt 2,11)

L./ Tu qué mostraste tu gloria en el Tabor...

R./ Haz que disfrute las alegrías de cada día Señor. (cfr. Mt 17,1s)

L./ Tu qué llamaste a tus discípulos en la orilla del lago...

R./ Haz que también yo atienda a tu llamada Señor. (cfr. Mt 4,18-22)

L./ Tu que viste la creatividad de Zaqueo...

R./ Haz que te ofrezca mis esfuerzos Señor. (cfr. Lc 19,1s)

L./ Tu que tocando al sordo mudo le mostraste tu cercanía...

R./ Haz que reciba atento tu Palabra. (cfr. Mc 7,33)

L./ Tu que cambiaste el horizonte de la vida de Mateo...

R./ Llena mi vida de sentido Señor. (cfr. Mt 9, 9-13)

L./ Tu que dirigiéndote a Lázaro lo volviste a la vida...

R./ Anima mi fervor y deseo de santidad Señor. (cfr. Gv 11,1s)

L./ Tu que explicándoles las escrituras a tus discípulos transformaste su tristeza en gozo...

R./ Enciende nuestro amor por tu Palabra y la certeza de tu presencia Señor. (cfr. Lc 24,13-35)

Canto

Padre nuestro

C./ Te agradecemos Señor porque siempre estas cerca de nosotros, de manera particular en la Eucaristía y en tu Palabra. Queremos en todo momento acudir a Ti, Palabra de Vida Eterna, acogerte con fe y sencillez, compartirte con entusiasmo, vivir tu Palabra en lo cotidiano y anunciarte con valentía. Con la confianza de hijos y con tus mismas palabras nos atrevemos a decir: *Padre nuestro*...

Bendición

Al final de la adoración el sacerdote o el diácono se acerca al altar, hace la genuflexión; se entona el *Tantum ergo* u otro canto apropiado. Mientras tanto, arrodillado el ministro, incienso el Santísimo Sacramento. Luego se pone de pie y dice:

Oremos

Señor nuestro Jesucristo,
que en este admirable sacramento
nos dejaste el memorial de tu Pasión:
concédenos, venerar de tal modo los Sagrados Misterios
de tu Cuerpo y de tu Sangre
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu Redención,
tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
R./ Amén.

Dicha la oración, el sacerdote o diácono recibe el velo humeral blanco, hace genuflexión, toma la custodia y bendice al pueblo con el Santísimo Sacramento haciendo la señal de la cruz, sin decir nada.

Aclamaciones al Santísimo

Si se retiene oportuno, después de la bendición eucarística se pueden decir, según las costumbres locales, las siguientes aclamaciones:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo nombre.
Bendito sea Jesucristo, Dios y verdadero hombre.
Bendito sea el nombre de Jesús.
Bendito sea su sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su santa e inmaculada concepción.
Bendita sea su gloriosa asunción.
Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

Reserva

Terminada la bendición, el sacerdote o el diácono que ha impartido la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y hace genuflexión.

ESQUEMA PARA LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Se proponen algunas sugerencias litúrgicas para la Celebración de la Santa Misa, sin embargo, a discreción del Obispo local y del Párroco, se pueden introducir otros signos que subrayen la importancia de la Palabra de Dios en la comunidad celebrante - en conformidad, naturalmente, con las indicaciones litúrgicas vigentes respecto a la celebración de la Eucaristía.

El ambón sea adornado y se coloque junto a él el cirio pascual encendido. Junto al altar o al ambón, o en otro sitio especialmente preparado (p. ej. una capilla), se prepare un lugar visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado. En otra mesa se acomoden las Biblias que serán entregadas a los diversos representantes de la Comunidad parroquial.

Debe ser evidente que, en la Misa, se prepara la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. El ambón se conecta con el altar en cuanto que el Verbo anunciado desde el ambón se hace "carne" en el altar. Se puede, justamente, hablar de "dos mesas": de la Palabra y de la Eucaristía.

La Santa Misa inicia *more solito*: se favorezca, según las posibilidades, la procesión solemne con el turiferario, la naveta, la cruz, los ciriales, llevando el Evangelionario según la usanza de la Iglesia Romana. El diácono (o en su ausencia el presbítero) lleva procesionalmente el Evangelionario, manteniéndolo elevado y, si es posible, acompañado por dos velas encendidas. Llegando al presbiterio el Evangelionario se coloca sobre el altar, al centro.

El ser colocado sobre el altar, confiere al Evangelionario un honor excepcional. Siendo el altar Cristo mismo, solo la Eucaristía y el Evangelionario gozan del privilegio de ser puestos sobre él. Esta colocación equivale a una entronización similar a la exposición del Santísimo Sacramento. Tal gesto, reservado al texto sagrado, quiere expresar la disposición interior de los fieles: la Palabra de Dios viene y toma el lugar central en la asamblea.

Después del saludo inicial se introduce con estas o semejantes palabras:

C./ En este día la Iglesia celebra el Domingo de la Palabra de Dios. Es un Domingo "dedicado a la celebración, reflexión y difusión de la Palabra de Dios" (Aperuit Illis, 3). Abramos nuestra mente y nuestro corazón para acoger la Palabra, que es: "Lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero" (cf. Sal 118, 105). Dios, a través de su Palabra, desea revelarse y habitar en nuestra existencia. Para que podamos acoger su presencia durante esta celebración, reconozcamos ser pecadores e invoquemos con confianza la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Sigue el acto penitencial, que podría ser el siguiente:

C./ Señor, que eres la Palabra de Dios hecha carne, *Kyrie eleison*

R./ *Kyrie eleison*

C./ Cristo, que devuelves la vista a los ciegos con el poder de tu palabra, *Christe eleison*

R./ *Christe eleison*

C./ Señor, que liberas nuestra vida del pecado, *Kyrie eleison*

R./ *Kyrie eleison*

C./ Dios Todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R./ Amén.

Se canta el Gloria y luego comienza la Liturgia de la Palabra *more solito*.

LITURGIA DELLA PAROLA

Debido a que proclamar la Palabra asume el valor de un acontecimiento salvífico, en el cual se actualiza la historia de la salvación, conviene prestar el máximo cuidado en la proclamación de la Palabra de Dios. Ella no es una simple lectura del texto, sino el anuncio de una presencia, es Dios que da a conocer su obra salvífica. Por lo tanto, el lector es el primer mediador de la Palabra de Dios, aquel que debe ayudar a la asamblea litúrgica a acoger el mensaje y a custodiarlo para traducirlo en vida.

El leccionario es el libro litúrgico que recoge toda la Palabra de Dios anunciada en las celebraciones eucarísticas. El Leccionario deberá, por lo tanto, ser digno, decoroso y bello, capaz de suscitar el sentido de Dios que habla a su Pueblo. Por esto no son adecuados para la proclamación de la Palabra de Dios otros subsidios pastorales sustitutivos, como por ejemplo las "hojas o folletos", que deberían ser destinadas a los fieles solo para la preparación y meditación personal de las lecturas. El mismo libro litúrgico, debe ser como la epifanía de la belleza de Dios en medio de su pueblo.

Para la proclamación del Evangelio, el Evangelionario se lleva en procesión desde el altar hasta el ambón, donde se incienso. Durante el «Canto al Evangelio» el turiferario se dirige a la sede, para la infusión del incienso; después se dirige con el diácono o presbítero al ambón para la incensación y proclamación. El saludo y el anuncio inicial: «El Señor esté... Lectura del...» (y el final «Palabra del Señor») se podrían cantar para subrayar la importancia de lo que se lee. Si la celebración es presidida por el obispo, al final de la proclamación, el presbítero o el diácono lleva el Evangelionario al obispo para que lo bese. Es oportuno que en esta celebración el celebrante imparta también la bendición al pueblo.

«Cuando se leen las sagradas Escrituras en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio» (*Instrucción General del Misal Romano*, n. 29). Cuando el presbítero o el diácono toman el Evangeliario del altar, se quiere significar que las palabras leídas sucesivamente no son las suyas, sino las de Jesús, Señor de la historia y de la Iglesia. A la proclamación del Evangelio se debe reservar la mayor atención, por esto, conviene que sea precedida por la incensación.

ENTRONIZACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Al final de la proclamación del Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo coloca en procesión sobre el trono, donde se abre y se inciensa. Este trono puede incluir velas, flores o macetas.

Un monitor explica el gesto con estas u otras palabras similares:

El libro que contiene la Palabra de Dios es llevado solemnemente y colocado en el trono. Es un gesto simbólico con el que no sólo elevamos la Sagrada Escritura en medio de nuestra comunidad orante, sino que también manifestamos nuestra voluntad de ponerla en el primer lugar de nuestra vida. Así, la Palabra de Dios se convierte en el faro de nuestra existencia que ilumina nuestras decisiones e inspira nuestro actuar según la voluntad de Dios.

Durante los grandes Concilios ecuménicos, nace la tradición de colocar el Evangeliario en un trono, para acentuar el primado de la Palabra de Dios. Esto sucedió también en el Concilio Vaticano II.

HOMILIA

ENTREGA DE LA BIBLIA

Terminada la homilía se puede entregar a todos los presentes (o a algunos) el texto de la Biblia (o uno de sus libros, por ejemplo, uno de los Evangelios). Después de un breve momento de silencio meditativo, el celebrante introduce:

C./ Queridos hermanos, el evangelista San Juan nos recuerda: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). También nosotros queremos conocer a Dios que se ha revelado a través de su Palabra. Queremos, por lo tanto, acoger la Palabra, sintiendo la importancia de su lectura cotidiana, para vivir cada vez más unidos a Cristo Jesús. Por esto dirijamos ahora a Dios nuestra oración.

Después de un breve momento de oración en silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice:

C./ Padre de la luz,
te alabamos y te bendecimos
por todos los signos de tu amor.
Tú has hecho renacer a estos hijos tuyos
por el agua y el Espíritu Santo
en el seno de la madre Iglesia
y ahora los llamas a escuchar y anunciar la Palabra que salva.

Jesucristo que es tu Verbo hecho hombre,
los guía al conocimiento del misterio
escondido a los sabios y entendidos
y revelado a los sencillos.

Haz que abran sus corazones
para comprender el sentido de las Sagradas Escrituras.
Haz que sean testimonio vivo del Evangelio
que leerán en estos libros.

Interceda por ellos María, Madre de la Sabiduría,
que acogió en su vientre materno
al Verbo que se hizo carne.

Tu Santo Espíritu done a cada uno de nosotros
la gracia de colaborar con sencillez y alegría
en la proclamación de tu Palabra, para gloria de tu nombre.
Por Cristo nuestro Señor.

R./ Amén.

El celebrante se dirige a la mesa donde están los textos a entregar y los distribuye a los fieles. Mientras entrega el texto, dice

C./ Recibe las Sagradas Escrituras, lee, anuncia y testimonia con alegría la Palabra de Dios.

Se responde:

R./ Amén.

Terminada la distribución de los textos, la Santa Misa prosigue more solito con el Credo y la Oración de los fieles.

Entregar la Biblia a los fieles se convierte en un acto de confianza, en el que la Palabra de Dios se abandona en manos de los hombres, que de ahora en adelante son responsables de su recepción y transmisión. Para transmitirla, es necesario primero recibirla. Por lo tanto, «pierde el tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior» (San Agustín, Serm. 179,1)

ORACIÓN DE LOS FIELES

Se puede usar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

C./ Queridos hermanos y hermanas, reunidos en asamblea para celebrar los misterios de nuestra redención, imploremos a Dios todopoderoso, para que por su Palabra se renueve nuestro camino hacia la santidad. Oremos juntos y digamos: **Haznos, Señor, anunciadores de tu Palabra.**

1. Por el Papa, los obispos y los sacerdotes, para que amen cada día más la Palabra de Dios y, meditándola profundamente, puedan compartirla con alegría a las personas confiadas a ellos. Roguemos al Señor.
2. Por los lectores y catequistas que hoy recibirán su ministerio, para que, profundizando cada día la Palabra de Dios, se configuren con ella y la transmitan con el testimonio de la propia vida. Roguemos al Señor.
3. Por los padres de familia para que, iluminados y fortalecidos por la Palabra de Dios, tengan la sabiduría para guiar a sus hijos, transmitiéndoles la fe. Roguemos al Señor.
4. Por toda la comunidad cristiana que escucha a Dios reunida en torno a su Palabra, para que crezca en la unidad y dé un auténtico testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.
5. Por la Iglesia, llamada a estar unida en Cristo, para que, en la escucha de la Sagrada Escritura sepa descubrir el camino para alcanzar la unidad auténtica y sólida. Roguemos al Señor.
6. Por cada uno de nosotros para que abramos nuestro corazón a la Palabra de Dios y así trabajemos juntos cada día para construir la paz. Roguemos al Señor.

C./ Escucha, Padre misericordioso, estas oraciones que te dirigimos con fe por medio de tu Hijo, Verbo hecho carne, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R./ Amén

Sigue la Santa Misa more solito.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote con las manos extendidas dice:

C./ Dios, que manifestó su verdad y caridad en Cristo, os haga apóstoles del Evangelio y testigos de su amor en el mundo.

R./ Amén.

C./ El Señor Jesús, que prometió a su Iglesia estar presente hasta el fin de los siglos, guíe vuestros pasos y confirme vuestras palabras.

R./ Amén.

C./ El Espíritu del Señor esté en vosotros, para que caminando por las calles del mundo podáis evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón.

R./ Amén.

Bendice a todos los presentes diciendo:

C./ Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

R./ Amén.



ESPERO EN TU PALABRA

(Sal 119,74)

26 enero 2025

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

WWW.EVANGELIZATIO.VA



IUBILAEUM A. D. MMXXV
**PEREGRINANTES
IN SPEM**